

Elogio de la desmesura

In Praise of Excess

Gabriela Diker

gabrieladiker@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0009-1802-3124>

Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina

“Si los destinatarios varían, si hacen otra cosa con los signos que les hemos dado, tenemos que celebrar. Aun cuando hagan algo que no nos guste. Porque no somos dueños de lo que las nuevas generaciones van a hacer con los signos. Lo difícil de soportar es no saber demasiado sobre el destino de lo que se transmite. Lo escandaloso, como sugerimos, es aceptar que, en cuestiones de educación, el que manda es siempre el otro”.

Estanislao Antelo

A Estanislao le gustaba la palabra *desmesura*. Le atraían las acciones que se llevaban adelante sin medida, fuera de toda escala razonable, desproporcionadas, excesivas. Quizás por eso, se dedicó a la Pedagogía. Después de todo, la educación era para él la más desmesurada de las acciones humanas, solo equiparable, solía decir, al amor.

Lo decía así: “Una característica singular de la intervención educativa es su inadecuación o, quizá sea más exacto decir, su carácter desmedido, desmesurado, inapropiado, no correspondido”. A esa intervención “siempre en falta con el resultado” la calificó, retomando un concepto al que aluden Derrida y Roudinesco en aquel memorable diálogo publicado bajo el título “Y mañana... qué”, como in-calculable. El resultado de la acción educativa, sostenía, escapa a todo cálculo, “llega de golpe o muy lentamente, llega en el momento indicado o cuando no tiene valor, es decir que se trata de una operación que precisa admitir en algún punto de su recorrido la indeterminación plena del resultado”.

Lejos de ver allí un problema, encontraba en esa indeterminación la realización plena del acto educativo. Lo decía más o menos así: la educación es una acción que unos seres ejercen sobre otros con un propósito desmesurado que, por suerte, fracasa. ¿Por qué por suerte? Porque justamente allí, donde nuestra intención fracasa se forma un sujeto libre y se abre la posibilidad de variación indefinida de la herencia. Educar es sostener una oferta sin demanda, desproporcionada, excesiva, por definición fallida, a la que no obstante no podemos renunciar. El reparto de los signos

a la cría humana que llega al mundo sin ellos, es obligatorio, el aprendizaje es optativo, le gustaba decir parafraseando a Meirieu.

Me atrevería a afirmar que en torno de esa idea se articula toda la obra de Estanislao Antelo, y también, sus mayores batallas. Combatía a los “formadores de conciencia”, a los “motivadores e impresionadores profesionales”, a los “pedagogos engañadores y charlatanes”, a “los que no soportan el derecho a la indiferencia”, a los moralizadores de todo tipo y calaña, y a todos los que andaban por ahí prometiendo adecuar mejor la oferta a la demanda, la enseñanza al contexto, los contenidos escolares a los supuestos intereses de los alumnos. Era un contendiente descortés, atrevido, insolente, para tomar otra acepción que el diccionario da a la palabra “desmesurado”. Discutía sin concesiones, con desmesura, la pretensión inútil de calcular el resultado, dado que entendía que lo que estaba en juego allí era nada menos que la negación de lo educativo; después de todo -repetía una y otra vez- cuanto más buscamos producir un efecto (formar ciudadanos críticos, creativos, autoregulados o lo que sea), más nos elude, porque si hay efecto, se producirá “por añadidura” (otra expresión que le gustaba mucho repetir), como subproducto de otra cosa. ¿Qué es esa otra cosa? Enseñar -decía-, simplemente, enseñar.

El modo en que Estanislao pensaba, escribía, conferenciaba y enseñaba era totalmente consistente con estas ideas. Nunca intentó calcular, adecuar lo que decía o pen-

saba a la estimación de aquello que, quienes lo leerían o lo escuchaban, esperaban, necesitaban o demandaban de él. Eso le valió, equivocadamente, el mote de “provocador”. Pero él era todo lo contrario. Un “provocador profesional”, para usar sus propias palabras, es también un calculador de efectos, una especie de especulador que subordina lo que piensa o dice a las expectativas de su auditorio. Nada más lejos. Estanislao Antelo pensaba fuera de todo cálculo y ponía ese pensamiento a disposición. Ni más ni menos. Si ese pensamiento desmesurado, desproporcionado, provocó el nuestro, tocó nuestras más queridas convicciones, nos hizo mover de lugar o nos incomodó y nos empujó a pensar algo otra vez o de otro modo, esa no era su intención. Su intención no era otra que compartir lo que pensaba, simplemente porque “el pensamiento solitario -dice en la editorial del primer número de la revista La Tía- se aburre, se amarga, se pudre y muere”. Todo lo demás -si ocurría- vendría por añadidura.

Puesto del otro lado del mostrador, del lado del que aprende, la desmesura también era su regla. Era desmesurada la cantidad de libros que descubría, leía y releía con avidez, lo que lo convertía en un lector inalcanzable; pero también era ilimitada la variedad de cosas que podía leer: obviamente, libros de autores, disciplinas y géneros muy diversos, pero también, películas, canciones, publicaciones, refranes, que descifraba como textos teóricos y usaba como referencias al mismo nivel que las citas bibliográficas. Por supuesto, no deja de tener una cuota de humor citar a Roberto Carlos junto a Szloterdij, al grupo Safari junto a Sennet; o usar el slogan de una publicidad de cerveza junto a Todorov. Pero también muestra “en acto” eso que se había esforzado tanto en teorizar: que las operaciones sobre los signos que recibimos, sobre eso que otros ponen a nuestra disposición son in-anticipables, in-calculables. La inteligencia descomunal de Estanislao Antelo, ese pensamiento desmesurado y exhuberante, era resultado de la libertad con la que leía el mundo, de su disposición a operar sobre los signos para arrancarles otros significados.

Cierro aquí este brevísimo texto que, de más está decir, hubiera preferido no escribir. Lo voy a hacer, como no podría ser de otro modo, con una afirmación desmesurada: Estanislao Antelo es -para mí- el mejor pedagogo de la Argentina. Lo digo y lo diré siempre en tiempo presente, porque el presente es el tiempo de su obra y en su obra estará él siempre presente, con toda su desmesura, con su hermosa desmesura.

Epílogo

Cuando se estaba elaborando el proyecto de Escuela Secundaria de la UNGS, se solicitó a los y las docentes del área de Educación de la universidad que hicieran llegar sus propuestas y sugerencias. Estanislao elaboró como respuesta, este hermoso decálogo que hasta ahora se mantuvo inédito.

Mis propuestas son las siguientes:

El primer mal intelectual no es la ignorancia, sino el desprecio. El desprecio hace al ignorante y no la falta de ciencia. Y el desprecio no se cura con ninguna ciencia, sino tomando el partido de su opuesto, la consideración.

J. Rancière

Intentar instalar en el interior de la institución las siguientes ideas:

1. Una hipótesis de confianza generalizada (es una idea de Rancière pero también de Sennett y de Cornu, y vaya a saber de cuántos amigos más que no conozco).
2. Un comunismo de las inteligencias (es una idea de Rancière).
3. Presumir saber y capacidad en los destinatarios. Identificar al menos un saber experto (puede ser boxear o memorizar) y describir cómo y dónde se aprendió. ¿Qué saben hacer muy bien?
4. Verificar el amor a la democracia escolar (cualquiera puede hablar. No se precisan títulos para hablar) y suspender la pasión desigualitaria.
5. Experimentar el mundo desde el prisma de la diferencia y no de la identidad. El yo es el enemigo del amor (es una idea de Badiou).
6. Procurar ligar la lógica del “saber” y el “conocer” con la del “pensar”. (La idea es de Badiou pero habría que preguntarle bien a Cerleti). Como dice Rancière “no hay evidencias de que el conocimiento de una situación implique su resolución” (...) Ya que estamos podemos cerrar la puerta de la caverna de los expertos iluminadores y tomadores de conciencia.
7. Recordar que quién dice no puedo, dice no quiero (Es una idea de Rancière).
8. Invertir la forma de aproximarse a los destinatarios que en general consiste en dar (clase, afecto, conocimiento, esfuerzo, etc.) antes que en pedir. Tal vez la pregunta no es qué le tengo que dar/enseñar, sino: “qué tiene usted para darme a mí”. Funciona bien en las entrevistas con los padres. Si funca, remplace las formas clásicas de ayuda que

están basadas en la dádiva, la entrega y el compromiso, por la cooperación que requiere reciprocidad.

9. No separarse de lo que se ama, contra viento y marea.
10. Luchar contra el desprecio en todas sus formas.

ISSN: 2362-3349

Cita sugerida: Diker, G. (2026). Elogio de la desmesura. *Revista de la Escuela de Ciencias de la Educación*, 1(21), 160-162.

Recibido: 26 de noviembre de 2025

Aprobado: 30 de noviembre de 2025

Publicado: 1 de enero de 2026

Facultad de Humanidades y Artes - UNR

Referencias

Antelo, E. (2005). La pedagogía y la época. En M. S. Serra (Coord.), *Autoridad, violencia, tradición, y alteridad. La pedagogía y los imperativos de la época*. Novedades educativas.